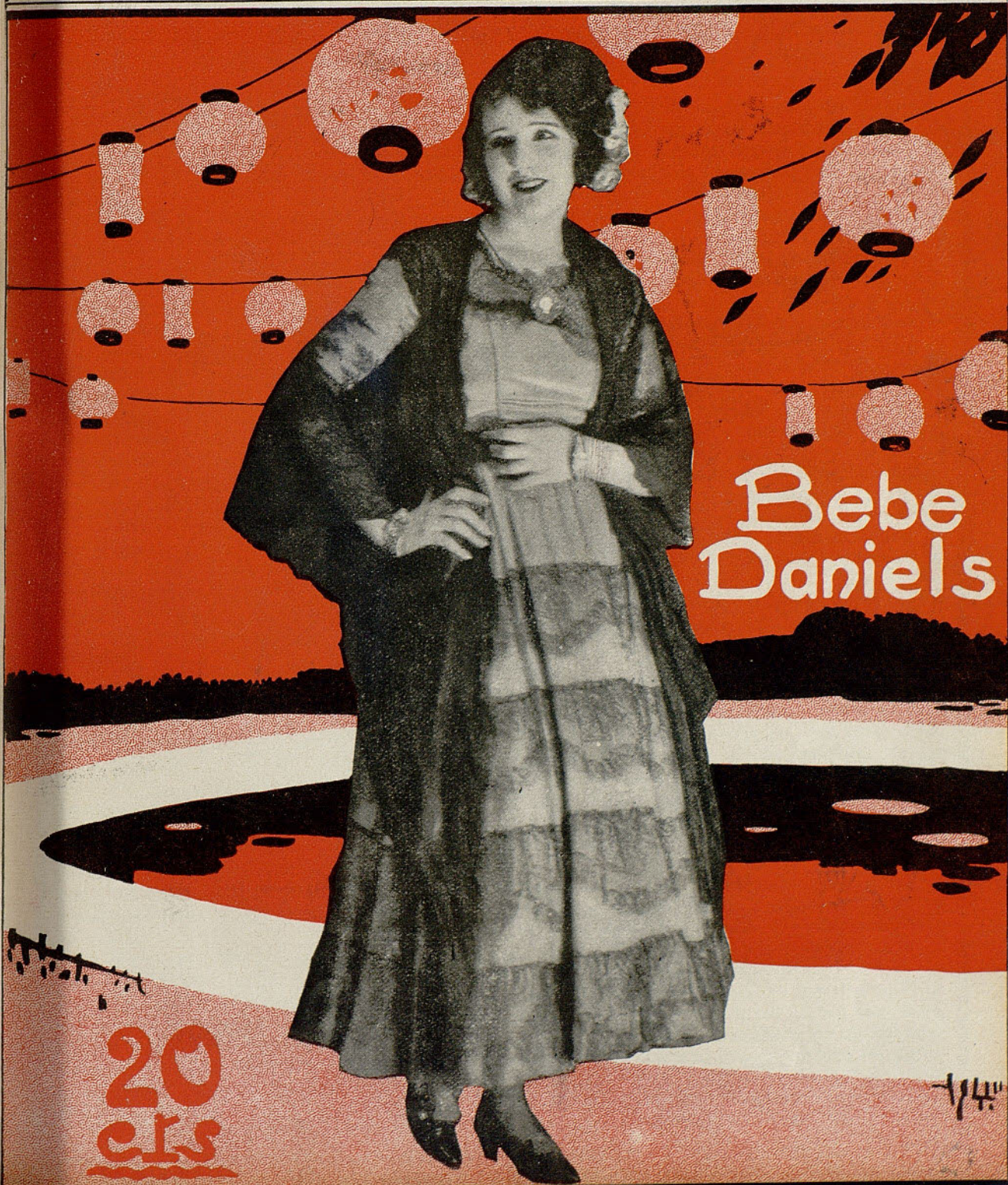


Cine Popular



Bebe
Daniels

20
cts

1/4

Precios de Suscripción

ESPAÑA:		
Un año.	10	ptas.
Seis meses.	5'50	"
EXTRANJERO:		
Un año.	15	"
Seis meses.	8	"

Cine Popular

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

Barcelona 30 de Julio 1924

Año IV - Número 179

Redacción y Administración: Calle de Bar-
bará 15 - Apartado de
Correos número 925
-Teléfono 2753 A.

UN POCO DE CRITICA

VIEJO Y NUEVO

No todo lo que se proyecta en la pantalla con el nombre de nuevo lo es, ni tampoco es viejo todo lo que como viejo es tachado.

Una película de los tiempos antiguos, bien hecha, puede ser una cosa modernísima. Y al contrario: una comedia que pretenda ser nueva, si su dirección es desacertada, puede decirse que es una cosa vieja, anticuada, anacrónica.

Los adjetivos viejo y nuevo valen según quien los usa. Una persona carente de sensibilidad e incapaz de advertir los matices que dan categoría permanente a una obra artística, tachará de viejo todo lo que sea una visión del pasado, por moderno que ello sea, y de nuevo cualquier cosa que sea de nuestro tiempo, aunque sea absurda. Inútil decir que su juicio es en absoluto equivo-
cado.

Hay excelentes películas en las que se ha tratado de revivir un episodio histórico, una costumbre del pasado, un trozo de vida del ayer más lejano, que son nuevas, novísimas, hoy y mañana y siempre. En cambio existen otras interpretaciones cinematográficas de costumbres actuales tan mal hechas, que son, de modo evidente, cosas viejas, terrible e irremisiblemente viejas.

El buen espectador de películas, el espectador atento y despierto que observa y analiza, se da bien pronto cuenta de esto que decimos. Advierte sin tardanza la vejez de una novedad y la novedad de una cosa del pasado.

Claro es que, para el interés

del arte cinematográfico, sólo vale la opinión de este espectador, y que no debe tenerse en cuenta, para nada, el juicio que pueda emitir el otro, ayuno de capacidad para adentrarse en el verdadero significado de una película.

Toda película bien dirigida, y que por esto adquiera categoría artística, es una cosa nueva, sea su argumento de cualquier época o de cualquier lugar. Y viceversa: toda obra mala, por actual que sea su desarrollo, es una cosa que pertenece al pasado más viejo. Hay obras que son viejas antes de nacer.

Recientemente vimos una obra que se desarrollaba en los primeros tiempos del cristianismo. Tan bien hecha estaba, tan sinceramente observado el ambiente de la época, y sus costumbres, y las pasiones que entonces más influían en los hombres, que la película tenía un valor de novedad, difícil de superar.

Y todos los días estamos viendo comedias de costumbres actuales, ya de Norteamérica, ya de Alemania, ya de Italia, ya de Francia, tan absurdamente llevadas a la pantalla que no pueden ser adjetivadas de nuevas, sino de viejas, pues tienen, en verdad, una vejez de siglos.

En el cine, naturalmente, como en todas las artes, hay nuevo y viejo. Pero hay que tener mucho cuidado antes de escribir el adjetivo. En realidad, todo lo bueno es nuevo y todo lo malo es viejo. Esta es la única manera de adjetivar las obras.

Guiarse por la época es dirigirse por un camino erróneo. Hay películas de ambiente de ayer y otras de nuestros días que son

viejas igualmente. Es porque están mal hechas. Hay otras, de nuestro tiempo y del pasado que, bien dirigidas, son, realmente, nuevas, o sea, buenas.

Cuando el ambiente está bien llevado a la pantalla; cuando la visión de la época es certera; cuando los hombres viven de acuerdo con la época y el ambiente, ya pueden ser ambiente y época de ayer o de hoy; es igual; estamos ante una película de muy alta categoría y de una novedad excepcional.

En cambio, cuando ni época, ni ambiente, ni costumbres, ni seres humanos están bien observados, poco importa que la comedia o drama se desarrolle en el pasado o en nuestros días; la obra es mala y, por lo tanto, vieja.

Desde este punto de vista, ¡cuántas cosas que pasan por nuevas no merecen adjetivo tan valioso! ¡Y cuántas que el espectador superficial juzgará viejas, adquieren, ante la mirada más atenta del que sabe darse cuenta de los matices, de las gradaciones, del acierto, un carácter de novedad extraordinaria!

Como en todos esos demás aspectos, el cine tiene en éste, por faltas de los productores de películas, confusiones lamentables. Hacer que una cosa actual pueda ser tachada de vieja es cosa desesperante.

Si el acierto que acompaña a los que logran darnos una visión plena y acabada de un episodio lejano guiara también los pasos de cuantos se dedican a la comedia de costumbres modernas, el cine entraría de lleno en la ru-

ta que conduce sin equívocos a la victoria total.

Mientras esto no ocurra, todos los que se den cuenta de sus errores y torpezas están obligados a señalarlos. Nos parece éste el único medio de acabar con las vejezes, que si son imperdonables

en todo arte, en el cine, tan apto para lo nuevo, lo son más.

Hay que procurar que ante toda nueva película se pueda decir: «He aquí una cosa nueva, moderna, bien hecha».

Lo viejo, o sea lo malo, debe ser desterrado de la pantalla.

—¿La molestaría decirme cuáles son sus mejores películas?

—No. *La bella de Nueva York* y *Marión se casa*.

—Una última indiscreción: ¿Se dedicó usted alguna vez al arte de Talía?

—Sí, señor. Cinco años trabajé en un teatro neoyorkino recientemente desaparecido.

—Marión, ¿me permite saludar a los lectores de CINE POPULAR en su nombre?

—¿Por qué no?

—Esa respuesta equivale a un sí.

Y exclamé para mis adentros:

—¡Lástima que no le hubiese preguntado otra cosa de más envidia: que si quería casarse conmigo, por ejemplo!

Siul G.

Bellezas americanas

Marion Davies me obliga a censurar su primera película

Siempre que veo a Marion Davies me figuro contemplar a la reina Victoria Eugenia de España. Como la soberana española, Marion es alta, esbelta, rubia, elegante y hermosa. Esto que diga ya lo dijeron otros antes que yo. De aquí que los innumerables admiradores de Marion la llamen la estrella del tipo regio.

—Si mal no recuerdo, Marión, su primera película se titulaba *La novela de una gitana*, ¿verdad?

—Exacto. Y creo que dicha película perjudica mi reputación artística.

—¿Por qué?

—Usted, que intenta en balde callar la verdad, dará, seguramente, la razón a mis verdaderos amigos, que opinan que yo nunca debí encarnar un papel de gitana.

—Le hablaré con sinceridad. De entre las gitanas que recorren esos mundos de Dios, las que mejor representan a su raza son las morenazas de grandes ojos negros, asesinos de corazones y trigueñas carnes, que tienen el pelo cortado y lo llevan cubierto con pañuelos, por lo general rojos y que visten trajes hechos con trapos de colores chillones. Estas gitanas desconocen las ventajas de medias y zapatos, pues sus desnudos pies en continuo trato con el suelo, acaban por acostumbrarse a pisar el barro y el polvo sin sentir la menor molestia. Así se explica que después sus pies y pier-

nas estén tan cochinos. La clase que le he descrito, cuyo trabajo consiste ya en decir la buena-ventura, ya en pedir limosna o en acompañar a los gitanos de las monas y osos para recoger las «perras» que los transeuntes arrojen en pago del público espectáculo, es la única que yo conozco y que, por tanto, me parece más verosímil que exista. El papel de gitana que usted creó en *La novela de una gitana* se me antoja falso por varias razones: por su limpieza, cosa rara en una zingara, por su cabello rubio, elegancia en el vestir y esmero al calzarse.

—Participo de su parecer.

—Comprendo que al nombrarle la película que usted odia más de cuantas ha interpretado, «metí la pata», como decimos los españoles castizos. Volvamos la hoja. ¿Dónde nació usted?

—En Nueva York y tengo 23 años.

—¿...?

—Suponiendo que no se atrevería usted a preguntarme la edad, contesté más de lo que usted pensaba. A mí no me gusta ocultar la edad. ¡Como soy joven! Cuando sea vieja puede que me quite años. Por ahora no falto a la verdad.

—He oído decir que usted rinde fervoroso culto a la diosa Terpsicore con mucha frecuencia. ¿Qué bailes modernos prefiere usted?

—El «shimmy» y el «galop».

—¿Y de los antiguos?

—El minué.

Las «Novedades internacionales núm. 31» presentan los cardenales americanos durante las ceremonias de la elevación.

Las primeras películas de las fiestas del Conservatorio de Roma a las que los arzobispos Mendelein y Hayes fueron elevados a cardenales por el Papa Pío XI pueden admirarse en la película «Novedades Internacionales número 31» y que actualmente están proyectando todos los principales cines y teatros. Todas las más impresionantes ceremonias del Vaticano pueden verse del principio al fin. Las películas fueron hechas por operadores de las «Novedades Internacionales» enviados desde París y Londres y también por los de la sucursal de Roma.

Por primera vez en la historia de la Iglesia Católica el Vaticano permitió que los operadores de películas pasaran por sus puertas para sacar esta película tan interesante. Toda la pompa y grandiosidad de aquellos personajes tan ricamente ataviados, todos los prelados, en fin, pueden verse perfectamente en esta película.

DESDE ITALIA

Sobre la vida de la pantalla

POR MATILDE SERAO

Con sincero sentido de sencillez, he hecho, en tanto espacio, un experimento: he ido a los cinematógrafos y he representado mi papel de espectadora. He ido a ver, con mis propios ojos mortales, y no ya por pocos sueldos, sino por varias liras, qué me agradaba, qué me alegraba, qué me conmovía en esos espectáculos. Me he sentado, en un rincón, a oscuras, en el silencio y la inmovilidad, como todos mis vecinos, y mi figura anónima, mi persona ignota se han hecho iguales a tantos otros seres anónimos que miraban como yo; he sido, como ellos, una espectadora, una espectadora cualquiera, sin preconceptos, sin prejuicios, sin reato de ninguna especie; no tenía ni ideas, ni opiniones, ni nada de nada que me turbara la mente, hecha infantil, cándida, por mis pocas liras, las tinieblas, el silencio, la inmóvil expectativa. ¿Y sabéis lo que sucedió? Que recibí exactamente las mismas impresiones que mi vecino de la derecha, que era quizá un dependiente de tienda; las mismas impresiones que mi vecina de la izquierda, que era, me imagino, una provincianita en vacaciones; y si la señora que estaba delante de mí ha reído, yo también he reído como ella, porque todo el mundo reía en la oscuridad; y si la señora que estaba detrás de mí se ha echado a llorar, yo he lagrimeado también, como ella y como los demás que lloraban. Y la sencillísima espectadora en que me he convertido, yendo de espectáculo en espectáculo para seguir las historias extravagantes o vulgares que se desarrollaban sobre la pantalla blanca, para estremecerme ante una imprevista aparición, para temblar ante una perfidia amenazadora, para palpar ante un nudo de angustia que oprimiera a los protagonistas en algún drama fuerte, para exasperarme ante un peligro mortal de una criatura simpática y condenada a perecer, esta humilde espectadora se ha convencido de una verdad eterna, por decirlo así: que el público de los cinematógrafos está forma-

do de millares de almas sencillas o que se hacen tales al entrar allí, por uno de los milagros más maravillosos; también que este público es, todo, una sola alma sencilla; que esta alma sencilla se fastidia y se irrita con todas las complicaciones de personajes, de caracteres, de acontecimientos, consignadas en palabras escritas que nada aclaran y que revelan más, cosas que obligan a la pobre alma sencilla a un trabajo mental violento y rapidísimo; que esta alma sencilla es sensible y que, por lo tanto, los afectos verdaderos, los afectos sinceros la conmueven y la penetran; que esta alma sencilla es honrada y recta y que, así, la perversidad y la perfidia la sorprenden y la indignan; que la belleza externa de los grandes artistas la atrae, es verdad, pero no le gusta si no va acompañada por una vida exterior que se exprese poderosamente en el rostro y en las actitudes; que sobre esta alma sencilla obran, especialmente, los eternos, imborrables sentimientos humanos, el amor, los celos, el dolor, el ho-

nor, la maternidad... Y, por lo tanto, he pensado que era inútil, fatigoso e inútil, para los novelistas, para los narradores, para mis colegas, tanto como para mí, atormentarse y afanarse buscando el asunto raro, el asunto precioso para nuestros films. Dejémoslos llevar, amigos míos, colegas míos, hacia la verdad de las cosas y la naturaleza de las personas; tratemos de narrar, de describir, de trazar buenas historias que pasen a nuestro arte desde la vida misma y que tengan la intangible pero brillante aureola de poesía que brota de nuestro innumerable corazón; historias en que cada hombre y cada mujer sea humano en el sentido más intenso de la palabra y al propio tiempo en el más natural; historias en que las expresiones trágicas y cómicas, grotescas y dolorosas, profundas y sonrientes, se confundan en una sola armonía humana, ¡humana! Sólo se necesita una cosa para que el cinematógrafo sea un arte: y es que sea vida, la vida nuestra, la vida de todos...



Un bello momento de la gran cinta «Oropel».

De todo un poco

Estudia saxofón

La señorita Billie Dove gusta solazarse estudiando el saxofón y recibe lecciones de su hermano Guillermo, considerado como un solista de extraordinarias facultades a pesar de sus catorce años.

Sobre el bolcheviquismo

Un reportero norteamericano quiso saber le opinión de Alla Nazimova respecto al bolcheviquismo. Ella se mostró muy partidaria de las doctrinas de su patria y entonces el reportero aventuró esta pregunta:

—¿Cómo es que no está usted en Rusia?

Ella le miró un momento, pero graciosamente contestó al degaître:

—¡Qué quiere usted! En este país me he acostumbrado mucho a llevar ropa de seda, y confieso que no estoy preparada para la Suprema Igualdad. Cuando el movimiento se haya aplacado un poco, iré, no le quepa duda.

No hay discusiones con Coogan ¡Qué raro!

Nadie discute que Jackie Coogan posee una sorprendente intuición artística, pero es de lamentar que sus más recientes películas le muestren viciado de ciertos amaneramientos que deben ser corregidos a tiempo para que el precoz artista siga en el puesto envidiable a que tiene derecho.

Lo que dice Baby Peggy

Baby Peggy, asesorada por sus familiares, utiliza los servicios de Harry D. Wilson como agente de publicidad y viene oportuno decir que dicho señor es el que mejor se hace pagar en Hollywood esa clase de labor; es el más activo y el que goza de

mayor prestigio. A él se debe en gran parte el encumbramiento del pequeño Coogan.

El más admirado

Tom Mix es el actor que recibe actualmente más cartas de chiquillos. A su paso por las calles siempre le sigue una legión de criaturas ávidas de admirar al celebrado artista.

Recuerdos...

Lewis Stone actuó en la pasada y lamentable guerra de Cuba, y conserva en su cuerpo, de aquella jornada, varias huellas que claramente dan a entender que los españoles no tiraban con migas de pan.

Cortesía

La cortesía de Douglas Mac Lean obliga a todos a suponerle nacido fuera de Estados Unidos y sin embargo nació en Philadelphia.

¡Qué raro!

Pola Negri es escrupulosa en la selección de sus amistades, y

aunque es muy amable con sus compañeros de trabajo, prefiere en la intimidad a personas que no estén relacionadas con la industria cinematográfica.

Niños que trabajan

Los niños que toman parte en las comedias «Our Gang», reciben instrucción completa bajo un profesorado competente y especial, que paga la empresa Pathé.

¡Cómo vive!

El suntuoso palacio que en la pintoresca Cinelandia habitó el celebrado actor japonés Sesue Hayakawa, y que fué de su propiedad, ha sido adquirido recientemente por una sociedad japonesa que se propone utilizarlo como museo permanente de artículos antiguos que hablen de la cultura del lejano Oriente.

Se le respeta, a pesar de las gafas

Harold Lloyd es uno de los muchachos más respetados por la voraz mordacidad de Hollywood. Todos los que le conocen y aquellos que dicen que le conocen (que son los más) se deshacen en elogios del artista.

«El diablo santificado»

La segunda producción que Valentino hará para Paramount conforme a su presente contrato, se llama *El diablo santificado*. ¡Habrà que ver! Y la primera cinta que el mismo actor interpreta por cuenta de la Ritz-Carlton (su nueva compañía) tendrá por argumento cierta historia escrita por la señora de Valentino en persona... y con asunto hispano-morisco.

¡Habrà que ver también!

DEPILATORIO BORRELL



Strongheart, el perro sabio

Laurence Trimble, bajo cuya dirección aparece en películas el famoso perro-policía alemán Strongheart, describió en reciente artículo para el *New York Times* la historia del animal y el extraordinario talento de que dió muestras desde el principio, facilitando así su «carrera» cinematográfica. Los datos que siguen fueron tomados del artículo en cuestión.

Trimble había decidido elegir entre tres perros-policías, a los cuales sometería a distintas pruebas para que el mejor de ellos tomara parte en una producción fotodramática; pero Strongheart conquistó el puesto de honor antes de que las pruebas se realizasen, y esta circunstancia es una ilustración notable de su singular instinto. El perro nació en Alemania y fué traído a los Estados Unidos por Bruno Hoffman, que especializa en la cría de animales de esa casta. Poco después de su llegada a las perreras norteamericanas, Trimble y la señorita Murfin—que es la dueña actual de Strongheart—entraron sin anunciarse al patio de la casa de Hoffman, pero apenas habían avanzado unos cuantos pasos, cuando se escuchó el estruendo de una vidriera que se hacía pedazos y a través de cuyo marco destrozado saltaba Strongheart, con evidente intención de comerse vivos a los visitantes. Trimble, que conoce la psicología de los perros-policías, gritó a la señorita Murfin:

—¡Deténgase usted donde está y no se mueva!

Y al escuchar la palabra *deténgase*, que en inglés es equivalente al *alto alemán*, Strongheart se detuvo también, en mitad de su asalto. El detalle bastó para consagrar al obediente animal como futura «estrella», porque indicó a las claras que estaba dotado de razonamiento, por rudimentario que éste se suponga en los brutos.

Pero precisamente porque Strongheart era un perro amaestrado, surgieron—para su actuación ante la cámara—dificultades que no se habrían encontrado en otro animal cualquiera, por la sencilla razón de que ninguno de sus movimientos era natural. Apenas se aproximaba

a él Trimble, poníase Strongheart en actitud de «firmes», como un soldado esclavo de la disciplina, y no cambiaba de posición hasta que se le daba alguna orden. La empresa de educarlo para el cine, sin permitirle perder su instinto de sumisión, fué difícilísima para su director. El animal había sido educado desde que nació para no hacer nada que no se le mandase. Desconocía el retozo de los cachorros; era un sargento severo, rígido, que ignoraba lo que significa jugar. Y para «humanizarlo» un poco—si se permite la expresión—Trimble hubo de enseñarle a jugar primero, aunque por medio de la disciplina, que era el único lenguaje que entendía.

Al efecto, inventó Trimble un sistema especial, que consistía en echarse por el suelo con Strongheart, obligándolo a asumir posturas en las cuales no podía sostenerse, al mismo tiempo que le ordenaba «¡Juega!». Y a fuerza de repetir la experiencia, pronto logró que el perro comprendiese que el perder una posición insostenible no era un crimen que debía castigarse con palizas, sino un acto raro y fuera de lo común, que formaba parte del entrenamiento ordinario. Y no tardó en aprender a jugar... ¡pero no por afición, sino por disciplina!

No fué, sin embargo, tarea sencilla para Trimble la de retozar por los suelos con un perrazo de gran fuerza, tratándole de inculcar al mismo tiempo la irresponsabilidad característica de un cachorro de pocos años. A pesar de sus gruesas ropas defensivas, el amaestrador se vió más de una vez sacudido por su discípulo, ya que la «naturalidad» no se adquiere sin grandes sacrificios y—en el caso de un can—sin regulares mordeduras. No obstante, después de varias semanas de mutua diversión, Trimble decidió dar a Strongheart un nuevo camarada de travesuras, en la persona de cierto gato de corta edad que no tardó en arañar las narices del futuro astro cinematográfico. El perro no pudo explicarse aquel nuevo problema. Justamente cuando acababa de demostrarse que el juego era una ocu-

pación legítima y compatible con la disciplina, sufría desperfectos fisonómicos que le intrigaban y trastornaban con razón. En otro animal, aquel desengaño hubiera traído una desmoralización completa, pero el héroe de este relato, obrando con lógica, disciplinó sus juegos con el gato y, sin abandonar sus diarios retozos con él, nunca dejó que el hocico quedara a tiro de las uñas felinas. En otras palabras, Strongheart pudo, por fin, perder su tiesura de soldado sin mengua de su maravilloso instinto para razonar ni de la disciplina fundamental de su existencia, y Trimble—ducho en estas psicologías perrunas—hizo jugar al animal con una pelota, pero ¡cuánto sudó para conseguir que lo que en otros perros resulta natural, fuera comprendido y ejecutado por el discípulo! Trimble hacía rebotar la pelota en el suelo, cogía a Strongheart por una pata y le ordenaba «¡Pégale!» hasta que el «educando» se dedicó a pegar a cuanto objeto salía por los aires. Esa misma pelota sirvió para enseñarle a llevar y traer cosas siempre con el mismo sistema de hacerle obedecer mecánicamente.

Todo esto parecerá inexplicable a los que hayan poseído y observado a los perros comunes y corrientes, que es regla que no conozcan otra disciplina que la del «pan y palo», pero si por algo son famosos los perros-policías, es porque no se mueven ni ejecutan un solo acto sin la voluntad del amo, aunque éste no se halle presente. Enseñados a hacer determinadas cosas en determinadas circunstancias, no se apartan ni un ápice de su estricto código, y Trimble pretendió y logró explotar esa maravillosa sumisión, aunque quitándole la rigidez mecánica que toda la casta tiene.

Trimble quería, con sus juegos, sus gatos y sus pelotas, establecer una relación de inteligencia y simpatía entre él y el animal, ya que de otro modo habría sido imposible inculcar en Strongheart dotes «emocionales» de interpretación. Un perro refleja los estados de ánimo de su amo y apenas se establece esa comunión entre ambos,

Theodore Roberts

el irracional deja de ser molesto. Si el dueño tiene gana de descansar, el perro se echará a sus pies. Si de buen humor, saltará regocijado en torno suyo.

Tal es el secreto de la habilidad interpretativa de Strongheart. Por medio de su inteligencia, Trimble pudo conquistar su afecto y explotarlo de manera que cada uno de los actos del perro sea la expresión de un deseo del amo, quien procura sugerirle las emociones (llamémoslas así) que el animal debe expresar ante la cámara.

Un detalle curioso en la vida cuo-

tidiana de Strongheart, es que, dividiendo su cariño y su fidelidad entre su dueña—que es la señorita Murfin—y su maestro, que es Trimble, muestra perfecta indiferencia hacia todos los demás seres humanos, inclusive el criado que le da de comer y al cual trata como un coronel a su asistente, sin pizca de respeto ni mucho menos de afecto... aunque tenga hambre. No por haber adquirido «naturalidad», ha perdido Strongheart la circunspección.

F. J. ARIZA

Este veterano actor característico nació en San Francisco de California hace más de medio siglo. Apenas terminó sus primeros estudios cuando ingresó en el teatro hablado, del cual desertó para interpretar películas cuando el cinematógrafo estaba todavía en sus principios. Tanto en el teatro hablado como en la escena muda, Roberts ha sido siempre uno de los actores favoritos del público.

Cuando este eminente actor recorría los Estados Unidos agregado a las compañías llamadas «de la legua», como cuando se presentaba al público en uno de los grandes escenarios del Broadway neoyorkino, era siempre acogido con una salva de aplausos.

A Cecil B. de Mille, famoso director de películas, se debe principalmente que Theodore Roberts abandonara la escena hablada para ingresar en la cinematografía. Mucho antes que de Mille ingresara en la «Paramount» estaba unido por vínculos de amistad con el veterano actor. Conocedor de sus méritos artísticos, de Mille invitó a Roberts a colaborar con él en una película que por entonces tenía en preparación. No poco trabajo le costó a de Mille convencer a su amigo, pero al fin logró persuadirle y Roberts pasó a la cinematografía. En el estudio de Lasky, que por cierto no era ni sombra de lo que es hoy, se le llamó a Roberts «el abuelo del cinema», sobrenombre que aun hoy conserva.

Roberts es uno de los actores que más películas han hecho, habiendo trabajado con casi todos los artistas de la cinematografía, entre ellos con Douglas Fairbanks, Wallace Reid, Gloria Swanson, Agnes Ayres, etcétera.

No deje de leer nuestras informaciones de París y Berlín

ELOGIOS

De María Prevost

Esta deliciosa mujer es también una gran artista. Guardamos grato recuerdo de todas las películas cuyo principal papel le hemos visto interpretar. De las últimas, queremos señalar aquí, como interpretaciones singulares, la de *Las apariencias engañosas* (1), delicada comedia de la «Universal», la de *Besada* (2), también comedia de la «Universal» y una de las más bonitas que hemos visto, y la de *Oropel* (3), que la casa «Gaumont» dará a conocer muy en breve y en la cual acompañan a María Prevost otros cinco famosos artistas del arte mudo.

Si en *Las apariencias engañosas* y en *Besada* el trabajo de María Prevost rayaba a gran altura, en *Oropel*, que es sin duda una de las mejores producciones que verán este año los aficionados al cine, el papel que interpreta esta artista ha sido realzado hasta

una cumbre de maestría y de buen gusto.

Todo el arte de María Prevost, tan fino y tan delicado, tan lleno de matices y de gradaciones excepcionales, que empiezan en la sencillez y acaban en el refinamiento más cabal y logrado, refulge con singularidad y acierto extraordinarios en la interpretación de *Oropel*.

Ya en *Besada* y antes en *Las apariencias engañosas*, pudimos ver todas estas características del arte de esta mujer capaz de hacernos sentir todas las sensaciones de que es susceptible el arte mudo, pero es en *Oropel* donde llegan a ofrecerse por completo, en plena y admirable maestría, los matices todos de su arte interpretativo de cierta psicología femenina, tan difícil, para otra artista que no fuese ella, de interpretar cabalmente.

Frivolidad al principio, ligereza después, aliento de tragedia más tarde. Pasar por estos diferentes y tan contrarios estados de ánimo, de un modo natural, como una mujer pasaría en la vida, está reservado a las grandes artistas. María Prevost pasa por todo ello de un modo que maravilla. Es, pues, además de mujer deliciosa, artista admirable. Bien merecidos tiene todos los elogios que de ella se hagan, que deben ser, en verdad, fervorosos y encendidos.

(1) El argumento de esta comedia fué publicado por **Novela Popular Cinematográfica**.

(2) El argumento de *Besada* ha sido uno de los grandes éxitos de **Novela Popular Cinematográfica**.

(3) El argumento de esta grandiosa película lo publica esta semana en número extraordinario **Novela Popular Cinematográfica**.

Anécdotas, noticias, estrenos y asuntos cinematográficos de todo el mundo

Películas de Madrid

La compañía «Penser Productions» acaba de obtener los derechos de exhibición de varias cintas de varios rollos tomadas en Madrid y que reproducen algunas de las corridas de toros hechas hace poco en aquella capital y que se consideran sensacionales. Dichas películas fueron explotadas por la Cruz Roja Española y parece que van a presentarse en Broadway... si la Sociedad Protectora de Animales lo consiente.

Tom Moore firma

Tom Moore, que ha estado entre los «sueltos» de la pantalla desde hace tiempo, acaba de firmar contrato de interpretación con Louis B. Mayer — miembro de la fusión «Metro-Goldwyn» — para aparecer con Laurette Taylor en una cinta de esa marca.

De Irene Rich

Irene Rich ha renovado su contrato con Warner Brothers. Hay que felicitar a la compañía y que dar también parabienes al público en general.

«La pantera dorada»

La próxima serie de Pathé — en curso de producción en los talleres de New Jersey y bajo la dirección de George B. Seltz — se llamará *La pantera dorada* y sus intérpretes son Jack Mulhall y Edna Murphy.

Ince

Thomas H. Ince, el renombrado director, ha firmado contrato con «First National» para la producción de seis cintas de largo metraje que llevarán dicha marca.

Una pareja para Londres

Blanche Sweet y Marshall Neilan estuvieron en Nueva York hace pocas semanas, de paso para Londres, en donde el marido dirigirá y la mujer interpretará una cinta para «Metro-Goldwyn».

«Manos vacías»

Víctor Fleming forma ahora parte del cuerpo de directores de películas de la casa Paramount. La primera se llamará *Manos vacías*. Aunque sin contrato, Fleming ha hecho ya varias producciones para dicha casa con anterioridad.

Contra los contrabandistas

Para impedir la piratería de películas en el extranjero, la Secretaría de Relaciones de los Estados Unidos ha dado instrucciones a sus representantes en los distintos países a fin de que cooperen con los agentes de las casas productoras de películas y las autoridades locales para poner coto a la exhibición de cintas mal adquiridas.

De Mae Busch

Mae Busch está ahora con «Metro-Goldwyn». Sus próximas interpretaciones para dicha compañía serán *Pan y Barreras derribadas*.

«Alice»

Rosemary Davies, hermana de la bella Marion, va a ser intérprete como estrella de varias películas, bajo la administración de la «Fred Wiehl Productions», que la contrató a ese fin. La primera de las películas se llamará *Alice*.

La señorita Davies nunca ha

actuado ante la cámara, aunque es conocida en las tablas neoyorquinas.

Harold Lloyd y la «Pathé»

Todavía quedan a Harold Lloyd dos comedias por interpretar para «Pathé», pero a diario le asedian quienes pretenden ofrecerle nuevos y ventajosos contratos cuando termine el que dicho actor tiene con la aludida casa productora. Es sabido, sin embargo, que Harold mismo ignora con quién se aliará de ahí en adelante.

Boycot cinematográfico

El boycot que en el Japón se ha establecido contra las mercancías procedentes de los Estados Unidos por efecto de la ley de inmigración que a sus nacionales afecta, tendrá por consecuencia muy sensible disminución del número de películas norteamericanas que los japoneses compren.

Ya empiezan los productores a sentir los efectos de dicho boycot.

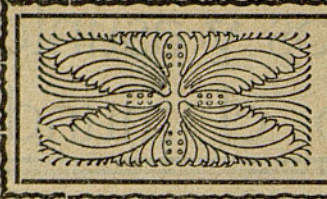
Alice Terry y Rex Ingram

a Argel

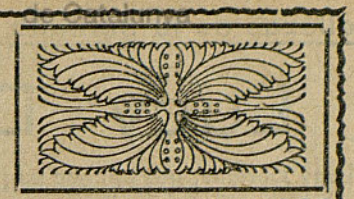
Alice Terry, que pronto partirá para Argel con Rex Ingram, su marido, y que estuvo de paso en Nueva York, ha regresado a Los Angeles a preparar su maleta. No hay modo de que estas estrellas se estén quietas en un lugar.

Honrando se honran

Earle Williams y su mujer quisieron honrar a Constance Talmadge — amiga de ambos — poniéndole su nombre a la hijita que, hace poco, trajeron al mundo.



O R O P E L



Hablando aquí mismo, hace unas semanas, de *Entre naranjos*, la bonita comedia de la que es protagonista el gran Charles Ray, dijimos que la casa «Gau-

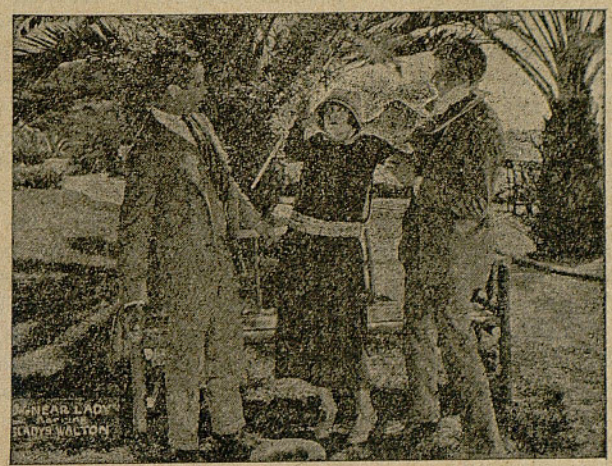
en todos conceptos, se refiere precisamente a que abandonan el oro puro de un amor verdadero, por el oropel de unos amores falsos, que brillan mucho, cier-

Generalmente, en otras producciones de esta naturaleza, para conseguir el efecto preconcebido, se falsea el carácter de algún personaje principal. De este modo, el público ingenuo por tesis lo que es superficialidad y falta de conocimiento para estudiar los actos de una mujer o un hombre con imparcialidad y con visión certera. En *Oropel* ocurre nada de esto, y de aquí su originalidad y su alto valor artístico. Todas las personas es presentadas tal y como son y estudiadas, en el desarrollo de la película, de acuerdo absoluto a sus cualidades y peculiaridades. La comedia, ya de por sí muy bien hecha, adquiere por estos méritos sobresalientes rango de obra ejemplar.

ninguna influencia decadente; hay la excelente presentación de una mujer frívola, con la que se casa aquel hombre, atenta sólo a fiestas y al ruido de los placeres que alejan del hogar. Naturalmente, este matrimonio no puede acabar bien. La mujer, pues, que es la frívola, abandonará el hogar, pedirá el divorcio y se casará con uno de los hombres que ha conocido en las fiestas. El cual, siendo un libertino, una vez pasado el capricho de los primeros días, abandonará a su mujer casi de continuo y no estará a su lado ni un solo instante. Es este el amor que brillaba como el oropel tras el que ha huido una mujer, abandonando otro amor cuyo brillo era más pálido pero más puro; brillo de oro viejo y de limpio linaje.

Aparte de todos esos personajes, hay en *Oropel* otros tres observados con igual ponderación y acierto. El de una muchacha que tiene la manía de casar a to-

interpretada por seis grandes artistas. Todos los papeles principales están hechos por astros o estrellas. Los más principales, o sea el del hombre ingenuo y el



mont» tiene muy buen tino para seleccionar, de otras casas productoras de películas, exclusivas para su programa.

Oropel, una excelente comedia dramática que el público español tendrá ocasión de aplaudir muy en breve, es una nueva prueba de esa afirmación nuestra. La casa «Gaumont», en efecto, añade, a sus producciones particulares, de otras casas, obras selectas del mejor gusto artístico.

Por lo que a *Oropel* concierne, bastará que digamos que es, sin disputa, una de las comedias mejor hechas que hemos visto esta temporada.

Su tema es muy explotado actualmente en América, de donde procede esta película. Se trata de presentar en la pantalla la fragilidad y poca consistencia de los amores que arrastran a las mujeres a divorciarse de su primer marido para casarse con otro.

El título *Oropel*, acertadísimo

tamente, pero con brillo falso, con brillo de oropel.

El tema, pues, como tenemos mencionado, es muy corriente ahora en la cinematografía norteamericana. Sin embargo de esto, *Oropel* es una comedia totalmente original, que no se parece a ninguna otra de las que hemos visto en las que se plantea este mismo conflicto, y que, en general, las supera a todas por el buen tino de los que la han llevado a la pantalla, verdaderos maestros en este realmente difícil arte.

La trama de *Oropel*, dentro de ese carácter de cosa muy explotada en nuestros días, adquiere categoría de originalidad, gracias a la observación atenta que con todos los recursos de la psicología sencilla y sin complicaciones de sus personajes ha sido estudiada y presentada. Hay una ponderación en todo ello realmente digna de aplauso fervoroso.

Hay en *Oropel* el estudio



un hombre sencillo que se enamora con toda la fuerza de su ventura y con toda la ingenuidad de su carácter no maleado

El tipo del libertino, como el del hombre ingenuo y el de la mujer frívola, está estudiado de un modo maestro.

do el mundo, hermana del hombre ingenuo; el de un amigo de este hombre, prudente y que tiene un alto concepto de la amistad, y el de una joven admirable, de fuerte instinto maternal y nacida para la vida del hogar, la cual está enamorada en silencio del hombre ingenuo, recoge a un hijo que éste tiene cuando se divorcia de la mujer frívola y acaba casándose con él.

Todas estas criaturas van ofreciendo al espectador su vida entera, íntima y exterior, en escenas llenas de poesía y de resonancias que dejan honda huella en el ánimo.

Oropel, en fin, es un trozo de realidad llevado a la pantalla con acierto digno de toda loa. Pocas veces se ha visto en el cine una obra tan sencilla y tan bella, tan ponderada y tan admirable.

Por si fueran pocos méritos los que la comedia posee, está

de la mujer frívola, por Monte Blue y por María Prevost. No es preciso subscribir ningún adjetivo para su trabajo. Basta con nombrarlos.

Colaboran con ellos, en la interpretación de los demás personajes, Irene Rich, Harry Myers, Miss Dupont y Ettl Grey Terry.

Vale la pena de consignarlo en toda ocasión: la casa «Gaumont», productora de grandes películas, tiene el acierto de escoger cosas selectas de las otras casas. Todos los que vean la proyección de *Oropel* podrán comprobar la veracidad de este juicio.



No pase sin leer detenidamente nuestras columnas de información recibida directamente para esta revista

Lucy Doraine

Lucy Doraine, que aunque parece raro en una estrella pantalesca lleva el mismo nombre en la vida privada que en la pelicular, nació en Varsovia y tiene veintiocho años de edad.

Antes de dedicarse al cine, Lucy trabajó en varios teatros de Hungría, pues la Doraine siempre vivió en dicha nación, salvo los años en que la guerra europea obligó a muchos nobles húngaros a emigrar. Durante su destierro Lucy impresionó sus primeras películas para la marca dinamarquesa «Nordisk».

De regreso de Hungría, Lucy, que sentía un entrañable cariño por el arte mudo, logró, gracias a sus antecedentes artísticos, ingresar fácilmente en la «Sascha Film» de Budapest. Interpretó *Cherchez la femme!* y tan ruidoso éxito obtuvo esta película, que desde entonces forman legión las películas creadas por Lucy Doraine, todas ellas pertenecientes a la manufactura «Sascha».

Lucy, como buena artista del cine, posee sus caprichos: gusta fumar cigarrillos egipcios, montar a caballo y leer las obras mundanas de Oscar Wilde, Henry Bernstein y Jacinto Benavente, cuyo folletín escénico *La noche del sábado* piensa trasladar al blanco lienzo. Que Lucy Doraine representa la cinematografía húngara en el mundo entero, nadie lo niega, pues los aficionados al séptimo arte conocemos el gran valor artístico de las películas húngaras por haber visto las admirables interpretaciones de Lucy Doraine.

Tal es a grandes rasgos la biografía de la célebre estrella Lucy Doraine. Ahora procuraremos hablar de varias de sus mejores creaciones.

En primer lugar citemos *La estrella de Damasco* basada en la famosa novela de Georges Ohnet. El asunto de *La estrella de Damasco* es coso sigue: La

mestiza Cora, de belleza extraordinaria, como hija de esclavos es también esclava y vendida en el mercado público de Damasco. Quiso su mala estrella que cayese en poder de un amo miserable que sin fijarse en la hermosura de la esclava, que podía ser tirana de un sultán, sólo se ocupaba de obligarla a trabajar a fuerza de palos y en tenerla casi desnuda y darle muy mal de comer; es decir, la trataba peor que se trata a un perro. En uno de aquellos días, Cora, creyendo injusto el castigo que le imponía su cruel amo, se atrevió a protestar, acto que enfureció más al árabe, quien atando por las muñecas a la rebelde esclava, empezó a azotar bárbaramente las desnudas espaldas de la infeliz que gritaba demandando socorro. Los indígenas que pasaban por la calle donde el árabe moraba, figurándose que los ayes de dolor provenían de una esclava justamente castigada por su amo y señor, no hacían caso de la feroz escena que los gritos y golpes dejaban adivinar; hasta que un europeo misericordioso puso fin a la escena y arrancó a la esclava de las manos de su verdugo. En señal de agradecimiento la pobre esclava seguía humildemente a su salvador, y como éste notase que la esclava era hermosa de verdad, aceptó sus servicios. Enamoróse el europeo de Cora, y ésta, que llevaba en su pecho un corazón de mala hembra, devolvió ingratitude por gratitud. Y se entregó a una vida escandalosa, y cuando iba a empañar la honra de su protector, la Justicia divina la castiga.

Como se ve, el argumento de *La estrella de Damasco* ofrece ancho campo a una gran actriz para lucir sus habilidades, y así no es extraño que admiremos a Lucy Doraine en el complejo papel de Cora.

Otras dos películas, modelos

de técnica, fotografía y rica presentación — aparte de la citada *Cherchez la femme!*, obra maestra de la cinematografía — son las tituladas *Horas de angustia* y *¿Por qué lo mató?*. Creemos ocioso hablar de estos films, que la mayoría de los que leyeren habrán aplaudido recientemente. Si nos extendimos al comentar *La estrella de Damasco* fué debido a que, a nuestro entender, es la más perfecta creación de Lucy Doraine.

Para unos nuevos equipos

A. E. Rosenberg, director de compras de la «Universal» volverá a la Costa la próxima semana después de haber terminado uno de los más extensos programas de compras que nunca se haya podido concebir para una compañía de producciones cinematográficas. Ha adquirido por más de un cuarto de millón de dólares de mobiliario y otros artefactos para los grandes estudios de la «Universal», esto durante las pocas semanas que ha pasado en Nueva York.

Los artículos que ha comprado son: pinturas, objetos antiguos, muebles y otras varias cosas, muchas de ellas importadas de Europa especialmente para la «Universal». Estos artículos serán usados para las próximas producciones de dicha marca.

La adquisición de todo ello para la «Universal Pictures Corporation» coloca a esta gran compañía a la primera línea de todas las más importantes de la competencia, en lo que se refiere a los artículos de mobiliario y demás. «Ninguna de las otras compañías de la Costa tiene el material que ha adquirido la «Universal», dice Mr. Rosenberg. «Estas recientes adquisiciones demuestran el cuidado y gasto que hace la «Universal» para dar a sus producciones la autenticidad y grandeza que son necesarios a las grandes películas para poder triunfar sobre todas las demás».

Temas cinematográficos

Las películas de falso ambiente

Cuando nos presentan una película de ambiente español editada en Francia, Italia o Norte América, nos produce, por regla general, un deplorable efecto, ya que de memoria nos sabemos que lo que vamos a presenciar es lo que en el argot cinematográfico se ha dado en llamar «españolada».

Y esta deducción que sentimos antes de presenciar una película de esta categoría, se ve confirmada después de la prueba privada o durante sus representaciones.

El caso que nos vemos precisados a comentar esta vez es *Dolores Medina*, interpretada por Shirley Mason.

Da verdadera lástima ver como unos señores cinematografistas sin ninguna noción en los asuntos y costumbres españoles se meten con nosotros sin encomendarse a Dios ni al diablo. Y lo más sensible es que, a más de ponernos en ridículo con tipos absolutamente imaginarios, no quedan del todo satisfechos; esperando otra ocasión para presentarnos nuevas sandeces y presentarnos también una España falsa que jamás ha existido.

Volviendo al tema de la película a que nos referimos, ha tenido ocasión el que estas líneas escribe de aprender muchas cosas «españolas», así como muchos de los que lean este artículo que hayan presenciado *Dolores Medina*.

Antes, por regla general, los productores extranjeros nos presentaban el tipo de la mujer española con la clásica vestimenta de una bailarina gitana, con su correspondiente navaja en la liga. Debieron comprender que esto último era ya muy antiguo, cuando el director de esta película por obra y gracia de él mismo, nos presenta el estilete de marras enfundado en el moño de Shirley Mason como si lleva-

se una peineta. ¡Los tiempos cambian!

También hemos tenido ocasión de presenciar un baile que, naturalmente, también quiere ser español, pero que también nos es completamente desconocido y que nos gustaría saber qué baile es. Y no paramos aún aquí por miedo de dejarnos otro detalle no menos sabroso. ¡Agárrense ustedes! Una sirvienta bastante entrada en carnes ejerce su correspondiente papel tocada con la clásica peineta y chulapona. ¿En qué casa han llegado a ver ustedes a una simple sirvienta engalanada como si fuese el día de Jueves Santo?

Y como sea que quien escribe estas líneas no ha visto jamás tamaña barbaridad, le ha venido

la curiosidad de escribir estos apuntes.

¿No hay una censura exclusivamente para las películas? Pues bien: ya que, como es bien sabido, esta censura existe, ¿por qué no se censura toda película que directa o indirectamente nos ponga en el extranjero y en nuestro propio país en un concepto que resulta humillante?

Y como punto final dejamos sentada nuestra más rotunda protesta para todas cuantas películas nos ofrecen las primicias de una España hasta ahora desconocida.

Que España, la verdadera España con sus tonos y costumbres, únicas y excepcionales, fuese llevada a la pantalla, sería nuestro más ferviente deseo, para que borrasen para siempre la leyenda de los toreros, gitanos y del continuo carnaval en que nos creen.

¿Hemos dicho algo?

Luis Villanueva



Percy Marmont
en la película "Si llega el invierno"

Consultorio de Mabel

Pregunta: ¿Es necesario, para dejar transparentes los cristales, el uso del alcohol?—*Una fregoná.*

Respuesta: No todo el mundo sabe limpiar los espejos y los cristales, y es muy frecuente recurrir al alcohol para conseguir la transparencia completa, lo que resulta muy costoso; en cambio, hay un procedimiento que está al alcance de cualquiera. Después de fregar los espejos o cristales con agua y jabón, se aclaran, frotándolos bien, con un periódico mojado, usándolo como si fuera una esponja. La tinta de imprenta los deja preciosos y muy brillantes. Luego se secan con un paño de hilo gordo.

Pregunta: Mi ama me exige la limpieza de las alfombras por procedimientos eficaces. Pero ella no sabe indicármelos; y, como el mandar encargos cuesta poco, me encarga que me entere. ¿Sería usted tan amable...? —*Una sirvienta.*

Respuesta: Según la estación se siguen procedimientos distintos para limpiar las alfombras.

En invierno el modo más eficaz para avivar los colores de las alfombras de buena calidad, es cubrirlas de nieve, después de bien cepilladas. Hay que cepillar después rápidamente en todos

sentidos y sacudir con fuerza. Esta operación sólo se debe hacer al aire libre, para que la nieve conserve la consistencia.

En verano dan el mismo resultado las hojas de té húmedas. Se cubre con las hojas la alfombra y se barre.

También se limpia bien las alfombras con agua amoniacal. Después de sacudidas cuidadosamente, se lavan las alfombras con un trapo limpio mojado en esta agua. Se deja secar y se frota.

Nunca debe barrerse las alfombras, sino con escobas finas o con cepillos de pelo suave, y siempre en el sentido de la lana.

Se recomienda sacudir lo menos posible las alfombras antiguas. Es preferible cepillarlas con frecuencia y con gran cuidado.

Cuando las buenas alfombras se descoloran, se les devuelve el aspecto de nuevas, lavándolas con un agua en que se ha disuelto previamente media hiel de buey.

Igualmente se limpian bien las alfombras con agua con sosa y alumbre.

Las manchas de tinta se quitan con sal de acedera, o con jugo de limón; las de grasa con bencina o con esencia mineral.

Una mezcla de harina y de sal, empleada en seco, aviva el colorido de la lana. Se espolvorea bien la alfombra, y se bate media hora después.

Pregunta: Siempre encuentro el queso enmohecido y malo en verano. La sirvienta dice que no es culpa suya. ¿Sabe usted un

medio para evitarlo? —*Una laminera.*

Respuesta: Para conservar el queso fresco y sin moho no hay más que envolverlo en un paño mojado en vinagre y bien escurecido. Una vez envuelto se mete en una bolsa de papel y se pone en sitio fresco.

Pregunta: ¿Cuál es la mejor manera de conservar las carnes saladas? —*Una cocinera de hotel.*

Respuesta: La conservación de las carnes saladas y ahumadas exige:

Primero. Que se preserven de la influencia del calor, guardándolas en paraje fresco.

Segundo. Que se las substraiga de la acción del aire a cuyo fin se acumulan y prensan en los toneles, llenando los vacíos de sal y cerrando exactamente aquéllos, y cada vez que se abren se vuelven a cerrar con cuidado, procurando consumir pronto lo que se ha comenzado.

Tercero. Visto que la salmuera debe cubrir las piezas saladas, se refresca aquélla, se la mantiene y aun renueva toda cuando parece que va a descomponerse o se ve inmediata a gastarse.

Cuarto. Que se impida el contacto inmediato de las diferentes partes cuando se echa la sal gruesa para embarrillarlas, recomendando al mismo tiempo se siembre en el fondo de los barriles y entre las capas de carne unas guijas del grosor de una nuez o de un huevo, cuidando de que no quede entre ellas y la carne vacío alguno donde pueda detenerse el aire.

Novela Popular Cinematográfica publica esta semana su tercer número extraordinario. La película **Oropel** bien lo merece. **Oropel** es, en efecto, una de las mejores obras que se verán esta temporada en la pantalla. Interpretada por seis estrellas del arte mudo, todas famosas, llamará singularmente la atención.

El argumento de esta película admirable que publica **Novela Popular Cinematográfica**, será uno de los mayores éxitos de esta popular revista.

Oropel está interpretado por Monte Blue, María Prevost, Irene Rich, Harry Myers, Miss Dupont y Ethel Grey Terry, y dicho se está que una obra así es una gran obra. En el argumento que de **Oropel** publica **Novela Popular Cinematográfica** se señala claramente todo el interés de las escenas en que toman parte esos artistas, con un estilo literario claro y agradable.

No deje usted de comprar este número de **Novela Popular Cinematográfica**. Coleccione usted esta popular revista y tendrá los mejores argumentos de las mejores películas.

La Virgen de California

La novela de una estrella del cinematógrafo

por

J. CALVO ALFARO

(Continuación)

Emilio quedó perplejo. Aquel manojito de billetes abandonado entre sus manos parecía abrazarle. El rostro pacífico del rey Jorge continuaba mirándole de un modo obsesionante, como en aquella íntima tarde de su confesión a Norah.

—¿Qué dinero es éste? ¿De dónde viene?—preguntó Emilio con hosca voz.

—Lo he ganado yo—repuso Norah más temblorosa.

—¿Tú? — exclamó Emilio entre sorprendido e indignado.

—Yo—insistió Norah.—¿No me crees capaz de ganar... honradamente tanto dinero, verdad?—preguntó ella poniendo pena en el temblor de sus labios de rojo encendido.

—Pero... ¿cómo?—insistió él.

—Es la primera semana que me paga Panisowsky...

Y después, en voz todavía más temblorosa, todavía más doliente :

—Pertenezco ya a su compañía.

Emilio sintió el golpe en mitad de su alma. Fué un mazazo dado en su cerebro por unas manos de titán.

Un instante dudó entre la ira y la desesperación ; un instante nublóse su mente en una ráfaga de odio. Odió a la mujer a quien amaba tanto porque adivinaba que, en ella, el ser y el sentimiento, la carne y el espíritu, eran dos entidades distintas y una de ellas le había traicionado. Un instante, Emilio Fontaura, que adivinó la gran tragedia de su amor en agonía, fué a abalanzarse a Norah, a estrujar entre sus manos el cuello albo y mórbido.

Pero todo pasó. La nube tenebrosa huyó de él y quedó la decepción, triste, serena, consciente.

—¿Sabes lo que significa eso, Norah? — preguntó Emilio con voz tranquila.

Y ella trémula, medrosa como una niña, preguntó :

—¿Qué?

Estaban en el «sitting-room», solos. Eran las siete de la tarde. Una lluvia menuda caía sobre la ciudad envuelta en nieblas.

—Norah—habló él, mesurado y quedo :—¿Tú crees realmente haber sentido cariño hacia mí alguna vez?

—¿Y por qué me preguntas eso ahora? Sabes tan bien como yo que nada podía obligarme hacia tí que no fuera el cariño. ¿Qué puedes darme tú que yo pueda pretender y que tú puedas darme que no sea cariño?

—¡ Cariño !—exclamó Emilio.—¡ Sarcástica palabra con que las mujeres escondéis, a veces, otras pasiones que no queréis confesar !

—¿Pasiones por qué?—dijo Norah recelosa.

—¡ Por esto ! ¡ Por esto !—gritó enfurecido Emilio, y levantó su puño crispado, arrugando como papeles sin valor el manojito de billetes.—¡ Por esto ! ¡ Por esto !—repitió como un loco.

Y abrió las hojas de la ventana que daban a Warwick Road.

—¡ Mira ! ¡ Mira lo que hago !

La calle estaba sumida en la obscuridad viscosa de la niebla. Las luces titilaban pálidas como modestas luminarias de cementerio.

Un instante el brazo de Emilio se agitó en el aire. El puño en movimiento violento se abrió y el manojito de billetes esparcióse en la obscuridad.

—¡ Maldito seas, dinero ! ¡ Dinero, maldito seas !...—exclamó Emilio con violencia.

Y como si aquel esfuerzo hubiese agotado todas sus energías, desplomóse sobre un sillón sollozando.

Norah sintió que aquellos gemidos tan llenos de sinceridad le llegaban muy hondos. Apenas si hizo caso de los billetes esparcidos por la calle, perdidos en la lluvia, la niebla y el aire. En aquel momento su alma abrió los ojos, y muy melosa, como una gatita astuta, se acercó a él. Sus manos suaves y ágiles jugaron con el cabello áspero y rebelde de Emilio ; fué una caricia de cortesana preconsciente.

Toda mujer lleva en ella, aun sin creerlo, el refinamiento de la cortesana.

Emilio. Terminó por sentarse en sus rodillas, honesta como una esposa, pero felina como una gata, expuesta a las groserías que tan bien conoces, a mirarme libre, dichosa, ganando el dinero más abundante y con menos humillaciones? ¿Prefieres contemplarme esclava a verme libre y feliz?

—¿Por qué te desesperas así, Emilio?—le preguntó.—¿Prefieres verme esclavizada en la oficina?

Norah hizo una pausa. Sus dedos de nácar y rosa se enredaban más y más entre el cabello de tita astuta y sutil como una cortesana...

Sus pupilas oscuras y brillantes, lámparas de su espíritu abierto a todas las pasiones, brillaban ahora dulces, acariciantes, propicias a las ternuras.

—Mira, Emilio—continuó :—podemos ser felices, muy felices. El arte no es un pecado. El arte es una iluminación de nuestras almas hacia la belleza. Mira : podemos ser felices, muy felices. Nos

casaremos; correremos mundo; romperemos el látigo que hace tanto tiempo tortura nuestras vidas.

Emilio se revolvió otra vez con ira, con un gesto violento que arrebató sus cabellos de ébano de los dedos rosa y nácar.

—¿Y yo?—preguntó.

En aquella pregunta había todo un mundo de dignidad. La raza surgía. El íbero indómito y dominador, capaz de sentir el harem pero incapaz de ser juguete de una mujer, surgió fuerte y duro.

—¿Tú? —preguntó ella, asombrada. — ¿Tú? Pues conmigo. Casados. Unidos en la santidad del amor que no tiene patria, ni idioma, ni bandera, que es la voz de la naturaleza.

Norah quedó pensativa para continuar poco después:

—Mira, Emilio: la única cosa que de la revolución de mi patria veo con simpatía, es la epopeya del amor.

»En las estepas, «ellas y ellos», los míos, los de mi tierra, van juntos y equidistantes. «Ellos y ellas» trabajan la tierra y abren el surco en la siembra que ha de cubrir el sudario blanco de la nieve para hacerlo fructificar en la espiga dorada del estío. Y «ellas y ellos» trabajan juntos por la causa del trabajo.

»En nuestras Universidades, en las bibliotecas, en las mesas de estudio, cargadas de papeles, libros y rutas fantásticas del pensamiento, «ellas y ellos» trabajan juntos por su causa, la causa del saber y del conocer.

»En la conspiración, en las horas crueles de Siberia, cuando enfermos y doloridos por el látigo injusto de nuestros déspotas, los deportados iban en procesión hacia el castigo; «ellas y ellos» caminaban juntos, compartiendo los castigos y los dolores.

»¿Por qué tú no has de venir conmigo y dejar que yo vaya contigo con la belleza libre de nuestra Rusia, con la enseñanza de nuestras mujeres, fieles para el amor, pero fieles para su propia libertad?...»

¡Pero era tan distinto, tan diverso el camino que se trazaban ambos!

Las palabras de Norah, sus caricias, sus melodías, sólo consiguieron agudizar, hacer más intensa e íntima la desesperación de Emilio.

—Hace tiempo que preveía este fin—dijo él.— Hace tiempo que mi instinto me lo avisaba. Tú no eres una mujer de mi mundo. Amas demasiado las joyas y los lujos. Tú no eres una mujer de mi mundo; sientes demasiado la tentación de tu pasado. Yo, como vivo de mi presente, como no tengo pasado, como «los míos» fueron modestos y honrados labradores, sin pompas ni jerarquías, desconozco tu rumbo aunque lo presiento. Vas hacia lo que brilla, relumbra. Acaso, como la mariposa, en la luminaria sugestiva te quemarás las alas.

»Pero yo no puedo ir contigo. Las gentes de España tenemos una idea peculiar de la dignidad. Y el papel que me propones a tu lado es de los que en mi país se llama indigno.

»Si: yo también admiro a la mujer de tu patria,

porque es fiel al hombre y libre como él; pero es en el dolor lo mismo que en el placer; lo es en la hora del estudio, de los sufrimientos y de los éxitos. ¿Y acaso nuestra vida de hoy, Norah, no es también martirio y éxodo? ¿Acaso no somos nosotros los que sufrimos los fragos en los duros oleajes de la vida, en la tempestad despertada en el mundo por los hombres? ¿Acaso tú y yo, al sufrir vejámenes y padecer torturas, no somos igual que los tuyos, «ellas y ellos» torturados por el látigo de los déspotas, caminando de la deportación en las estepas de Siberia?

»Pero no olvidéis, Norah, que «ellas» no las abandonan a «ellos» en el camino. Las estepas no vadas se hicieron para los dos, como el lecho y el amor que lo santifica.

»No, Norah; «ellas» les siguen en las penas, cuando por los caminos blancos marchaba la columna interminable de deportados, «ellas» estaban junto a «ellos» para enjugar la sangre de sus carnes laceradas...»

Norah Natkiewicz guardó silencio dominada por una gran emoción. El argumento era cortante y claro, lleno de vida y de sinceridad.

—No, Norah, no —continuó él.— Yo no debo acompañarte en tu camino. Lo que me propones no es la paz del sacrificio, sino la vergüenza de la claudicación.

Y después con voz candente por el cariño, intima:

—Mira, Norah, olvida todo eso. Olvida tus celos y tus fantasías. Lo que poseíste ayer, sólo podrás recobrarlo renunciando a la riqueza humana más valiosa: la propia estimación.

»Abandonemos a Londres para siempre. Abandonemos para siempre el ambiente de estas ciudades tentaculares y estranguladoras de los nobles sentimientos. Ven conmigo al remanso de mi tierra, cubierta de flores y de sol. Allí, la luz entona un himno de paz y de amor. La naturaleza se vistió de oro y púrpura y los hombres de antaño levantaron alcázares bellos y claros...»

Pero Norah, imprevisamente, irrumpió en una violenta irritabilidad. A veces, cuando la razón viene a nosotros con luz meridiana y choca con la obscuridad tenaz de nuestros egoísmos, nos revelamos contra ella injustos y violentos.

—¡No, no y no!—gritó Norah fuera de sí, retirándose con brusquedad de Emilio Fontaura.— No iré. Por lo que tú mismo invocaste: por mi propia estimación. No quiero atarme ni atarte al yugo de una miseria constante. No quiero sujetarme a nuevas humillaciones y nuevos sufrimientos cuando ante mi vida se abre un camino de prosperidad; sería necio y de un falso romanticismo que nos haría padecer mucho a los dos.

»Eres incapaz de sentir la vida intensa y ardiente como la siento yo. No triunfarás jamás. Sueñas en la paz idílica, falsa casi siempre porque los tiempos que vivimos son de guerra. El paraíso que me pintas de tu país será, probablemente, una hipótesis. Jardines, sol y alcázares para los ricos y los poderosos; hambre y miseria para los miserables.

(Seguirá)

—Nuestro tango, nuestros fox trott y nuestros boston ¿no se han hecho olvidar?

—No. Estos momentos felices de nuestra infancia no se olvidan nunca.

—Nos recuerda usted el delicioso cuento del Pulgarcito con sus guijarros blancos.

—Sí, pero la desdicha es que no encontramos a nuestro regreso los guijarros blancos. Pasos indiferentes les mezclan con la tierra grosera, con la vida banal y estúpida. Sólo queda el recuerdo de nuestras alegrías de niño, para añorarlas.

—¿Dejó pronto de pasar las Navidades en vuestro hogar bretón?

—Tenía apenas diez años. Mi padre murió súbitamente. Mi abuela dejó poco después el mundo de los vivos. Luego, mi madre se volvió a casar. Todo esto cambió nuestras costumbres. Nunca más he puesto mis zapatos en la chimenea monumental de Roscoët junto a otros treinta pares, alineados uno tras otro. Conocí las veladas solitarias, en la banal chimenea de un salón parisién y luego... ni eso...

—¿Faltaba el flirt con sus primitas?

—Faltaba la ilusión. Había dejado de creer. Pero no se hable más de mí. Creo llegado el momento de que la señorita Phalippe nos cuente sus dichosos recuerdos.

Llamada a la realidad, la joven se turbó, pero observando todos los ojos fijos en ella y viendo que esperaban su respuesta, dijo:

—¡Oh! Yo, como recuerdos de Navidad, no puedo decirles nada. Sólo me acuerdo de los amantes besos de mi nodriza. Yo figuraba entre las chiquillas que el bueno de Noel olvida.

—¡Pobre querida!—exclamó Mildred, besándola.—Es cierto. ¡Huérfana tan jovencita! Pero—añadió al oído de su amiga,—pronto nuestro amado Nelson estará de regreso y con él tendrá una gran familia.

—Que la que yo amo, además de la belleza, tiene alma y corazón, mientras que la alemana de Goethe, que ni aun pudo conservarse fiel a Werther, era indigna de inspirar su amor.

—Es de esperar, querido amigo, que tu aventura no acabará de una manera tan dramática.

—En ello confío.

—¡Cuidado! Las señoritas nos han visto.

—¡Venga, vizconde!—gritó Mildred.—Usted que es alto... Alcáncenos los juguetes de allá arriba.

Los oficiales se pusieron galantemente a la disposición de las jóvenes.

Los niños desfilaban ante el árbol y cada uno recibía sus regalos.

Los pequeños zuecos llenos de deliciosos bombones obtuvieron un éxito loco.

Durante largos meses se vieron en la costa d'Azur a muchos niños llevando en sus pies zuecos pintarrajeados.

Los invitados danzaron en el césped y las jóvenes dirigían las rondas.

Nunca Renée se había divertido tanto. Así se lo hizo notar Gerardo.

—¡La encuentro hoy más alegre que la noche de nuestro baile!

—¡Es que adoro a los niños! —dijo con convicción.

—Me alegro de ello, querida Renée —dijo miss Juana que en aquel momento pasaba por su lado.— ¡Tengo tantos deseos de tener sobrinos!

Renée se volvió y enrojeció ante la alusión tan directa.

Su mirada, fijándose en los pequeñuelos, tuvo una expresión de tristeza que no escapó al oficial.

¿Lamentaba, acaso, que sus futuros hijos no fuesen franceses?

La merienda terminada y despedidos los niños, hu-

bo una «santerie» para las personas mayores; luego se celebró una cena fría, verdadero «reveillois» de Navidad, reuniéndose los invitados de miss Clarke en el comedor adornado con el *gui* tradicional.

Navidad es la gran fiesta americana.

El pensamiento en el país lejano, en dicho día de íntima alegría, daba a la reunión cierto aire de cena familiar.

Era la patria transportada en tierra extranjera.

Los jóvenes, viendo que la fiesta se prolongaba, hicieron ademán de retirarse. Mildred insistió gentilmente:

—Quédense, se lo ruego. Es preciso que nuestra querida Renée no se encuentre aislada en medio de nosotras. Por ser esta la última Navidad que pasa en Francia, denle el placer de pasarla con compatriotas. Son ustedes los únicos franceses que nos han quedado...

Gerardo se encontró en la mesa situado entre la joven que deseaba cautivarle y miss Parker.

Pero tuvo el consuelo de tener en frente a una bella figura pensativa de ojos y cabellos oscuros y tuvo que confesar no haber visto en el mundo más bella perspectiva.

Hacia el fin de la cena, muy animada por la juventud de la mayor parte de los invitados, los recuerdos se agolparon a las mentes y cada uno contó sus Navidades de otras veces.

Eran relatos pantagruelinos en los espléndidos palacios de mármol de la Quinta Avenida y de derroches de juguetes suntuosos.

Renée, los ojos perdidos en el horizonte del mar, parecía extraña a la conversación.

—¿Qué ve ella en su recuerdo? — se preguntaba Gerardo. — ¿Qué visión de niña hermosa, amada? Nunca habla de los suyos... ¿No tiene a nadie en el mundo?

—¿Y usted?—preguntó Mildred en aquel momento.—Díganos dónde pasaba sus Navidades cuando era pequeño y quién hacía por usted el papel de Santa Claus.

—En mi casa — respondió Gerardo — los niños creían ingenuamente en el pequeño Jesús. Las noches de Navidad cuentan entre los más dichosos recuerdos de mi infancia.

»Pasábamos las fiestas en Roscoët, en casa de mi abuelo paterno.

»Roscoët es un pueblo de Bretaña, en el que mi familia poseía—y posee aún—su casa solariega. Castillo sería mucho decir... o acaso poco, pues por su antigüedad, los nidos de mochuelos y las leyendas que se ciernen sobre el viejo caserón le permiten figurar entre los recuerdos feudales de la costa armoricana.

»Se celebraba la Navidad con gran pompa.

»Mi abuela de Roscoët era una vieja dama del tiempo pasado y aplicaba a la hospitalidad las tradiciones de este tiempo en que todo se hacía en grande.

»Venían de todos los puntos de Bretaña nubes de primos y primas invitados hasta lejanos grados.

»Desde ocho días antes a ocho días después, el bullicio era enorme. Risas, paseos y juegos durante el día; fiestas por la noche, en las que hasta las diez eran admitidos los niños.

—¿Y allí comenzó usted a flirtear con sus primas?

—Seguramente, pero mis placeres eran bien inocentes. Soñaba en la fiesta semanas antes, y transcurrida aquélla, recordaba en mi imaginación la vieja mansión de ventanas rutilantes, iluminado por centenares de bujías el árbol tradicional que mi abuela hacía cortar cada año del parque. ¡Oh! las alegres rondas que danzábamos a su alrededor. En ello pensaba este mediodía al verlas saltar con los niños...

SI AUN DUDA VD.

de que en el

Programa Verdaguer

se encuentran las
mejores producciones

de las manufacturas norteamericanas, alemanas e italianas, PIDA V. la lista completa de las obras maestras de la cinematografía mundial que aparecen detalladas precisando marcas, títulos y artistas, sin promesas ambiguas.



Ningún empresario o aficionado al cinematógrafo debe ignorar la enorme cantidad de series, dramas, comedias y material cómico que para la presente temporada tiene dispuesta la

CINEMATOGRAFICA VERDAGUER, S.A.

Calle Consejo de Ciento, número 290

Teléfono 969 - A - BARCELONA